

Querido hijo: estás despedido

Jordi Sierra i Fabra



Lectulandia

¿Puede una madre despedir a su hijo? Pues eso es lo que le ha ocurrido a Miguel por desordenado, por travieso y por desobediente. Transcurrido el plazo de treinta días que le han dado, deberá abandonar su casa.

Lectulandia

Jordi Sierra i Fabra

Querido hijo: estás despedido

Ilustraciones de Magalí Colomer

ePub r1.0

Titivillus 09.11.2018

Título original: *Querido hijo: estás despedido*

Jordi Sierra i Fabra, 2000

Ilustraciones: Magalí Colomer

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

La carta

Para entrar en la habitación, su madre tuvo que hacer un esfuerzo extra. Por detrás de la puerta se amontonaba la ropa tirada que impedía el libre acceso al interior. Y no solo la ropa.

Pensó que, inmediatamente, estallaría la tormenta, y escucharía los consabidos reproches acerca de su falta de orden y limpieza. E imaginó además que, tras los gritos, ella le obligaría a ponerse manos a la obra, para adecentar todo aquello.

Se puso tenso.

Pero su madre no dijo nada al respecto.

Solo lo miró, indiferente, como si no pasara nada, y entró dentro, para acercarse a la cama en la que estaba tumbado, con los zapatos puestos sobre la colcha, leyendo un cómic.

Era muy extraño...

—Miguel.

—¿Sí?

—Toma.

Le tendió un sobre.

—¿Qué es?

—Tómalo.

La obedeció. Pero no pudo ver lo que contenía ya que no le dio tiempo a abrirlo. Su madre llevaba algo más.

Un papel y un bolígrafo.

—Fírmame aquí —le pidió.

—¿Para qué? —vaciló Miguel.

—Es un acuse de recibo.

—¿Un qué?

—Te he dado una carta, y quiero que quede constancia de que la has recibido para que luego no puedas decir que no sabías nada. Hay que hacer las cosas bien.

Su madre no solía jugar. No tenía tiempo de jugar. Pero aquello parecía un juego. Se sentó en la cama y miró el papel. Leyó: «Acuse de recibo».



Debajo estaba escrita la fecha y su nombre: Miguel Fernández Martínez.

—¿Quieres que firme esto?

—Sí.

Estaba tan seria, tan distante, tan solemne, tan triste...

—Bueno —se encogió de hombros—. Vale.

Tomó el bolígrafo para estampar su firma en el papel. Aún no tenía decidido, para el futuro, si hacer una con muchas curvas después de la *e* final o si, por el contrario, optaba por otra con los rasgos muy rectos. La primera daba la impresión de ser como una nube, blanda y esponjosa. La segunda más recia. Lo de la firma parecía ser una huella de identidad para (oda la vida, así que era importante.

Hizo la primera.

«Miguel».

Acto seguido, y sin mediar palabra, su madre se hizo con el bolígrafo que tenía en la mano derecha y con el acuse de recibo que sostenía con la izquierda. Luego dio media vuelta, pasó por entre el caos de la habitación, y se fue cerrando la puerta tras de sí.

Miguel miró el sobre, mitad divertido mitad sorprendido.

Lo abrió.

Dentro había una hoja de papel, escrita con el ordenador de su padre. Apenas una docena de líneas.

Leyó su contenido:

«Querido hijo:

Visto el comportamiento de las últimas semanas, cada vez más caótico, unido a los problemas ocasionados por ti en los meses y años anteriores, desde que comenzaste a gatear y andar, y sin que parezca que vaya a haber ya una enmienda clara por tu parte, me veo en la triste pero necesaria obligación de comunicarte tu despido, que será efectivo en el plazo de treinta días a partir de hoy. En este tiempo tendrás derecho a tus dosis habituales de besos y caricias, así como a disponer de tu habitación, tres comidas al día, y cuantas prerrogativas merezcas en calidad de hijo —televisión, dinero para gastos, libros, paseos, atención, consejos, etc.—. Pero cumplido el plazo que la ley familiar me otorga, mis deberes como madre quedarán por completo exentos de toda obligación, puesto que mis derechos han sido vulnerados y vapuleados alevosamente con anterioridad.

Lo cual te comunico en el día de hoy, siete de abril, para que conste a todos los efectos.

Firmado: María de la Esperanza Martínez García».

Miguel abrió unos ojos como platos.

Pero... ¿qué era aquello?

Primer contacto

Miguel parpadeó un par de veces.

Luego volvió a leer la nota.

Más despacio.

Lo hizo una tercera vez.

Dirigió su mirada a la puerta. Esperó ver a su madre allí, tronchándose de risa, pero la puerta seguía cerrada y él en su habitación, tan solo como antes.

Sintió una extraña inquietud, una desazón...

—¿Mamá?

Nada. Silencio.

Se levantó de la cama, atravesó la jungla de ropa, juguetes y demás fauna estática y alcanzó la puerta. La abrió. No se veía a nadie por el pasillo. A lo lejos, en la pequeña habitación dedicada a cuarto de planchar, vio la luz encendida. Caminó hacia allí.

Su madre estaba planchando. Tenía una montaña de ropa arrugada a un lado y dos pilas perfectamente ordenadas de prendas ya planchadas al otro, fruto de su obstinada y aplicada labor. Miguel se detuvo en el quicio.

Ella ni le miró.

—¿Qué es esto?

Aún llevaba la hoja de papel en la mano.

—Creo que está claro, ¿no? —contestó su madre.

—Aquí dice que estoy... despedido.

—Ajá.

—Ya —sonrió.

La mujer pasó la plancha por encima de una de sus camisas. Se la había puesto el día anterior y le había durado limpia menos de veinte minutos. Hubo bronca.

—Es una broma, ¿no? —congeló él la sonrisa en su rostro.

—Tú mismo.

—Sí, es una broma —expandió de nuevo la sonrisa.

Su madre le miró.

Fue una mirada breve, brevísima, un par de segundos a lo sumo, pero se le erizaron los pelos del cogote. No recordaba haberla visto tan seria nunca, y eso que por lo general, dos o tres veces al día, ella se ponía seria. Más que seria.

Pero en esta ocasión era especial.

Además de seria seguía triste.

—No puedes despedirme —dijo.

—¿Ah, no?

—No.

—Pues bueno, tú mismo. Yo te lo he dicho con treinta días de antelación, como está mandado. A partir de aquí... ya no es mi problema. Allá tú.

Si era un juego, era un juego bastante raro.

—No se puede despedir a un hijo —insistió, aclarando el concepto anterior.

—¿Quién dice eso?

—No sé, pero...

—Pues si no sabes de qué hablas, no hables.

—Ya, pero es que esto no es como... como un trabajo. Al tío Elias lo despidieron porque en su empresa hicieron reju... regu...

—Regulación de empleo.

—Eso.

Su madre respiró con fuerza, dejó de planchar un instante y tras depositar la plancha en la rejilla lateral se cruzó de brazos.

—Mira, Miguel, se acabó. No quiero discutir —le dijo—. Esto me cuesta a mí más que a ti, pero como no quiero ponerme enferma, ni que se me caiga el pelo, ni parecer una momia de cien años a los cuarenta, hay que ser egoísta. Dicen que la felicidad bien entendida empieza por uno mismo. Lo he intentado pero no he podido. Ahora se trata de que me vuelva loca en dos días o de que te vayas, y he decidido que yo no quiero volverme loca, así que te vas tú. Y con todas las de la ley.

—Pero...

—Miguel, ya te lo he dicho: no quiero discutir más —agarró la plancha y se puso a planchar de nuevo, con todo ahínco.

—¿Y dónde quieres que vaya? —preguntó él, más y más desconcertado.

—No sé, allá tú.

—No soy mayor de edad —dejó escapar cada vez más inquieto.

—Si no estás conforme, tienes derecho a contratar a un abogado.

—¿Un... abogado?

—Es lo usual en estos casos. Si no puedes llevar tu propia defensa... Pero te aseguro que lo tienes perdido. Tengo todos los argumentos a mi favor. Es un despido preceptivo.

—¿Precep... qué?

—Preceptivo. Legal —le aclaró ella—. Totalmente autorizado por la ley.

—Yo no puedo pagar un abogado.

—Pues tienes otro problema.

Dejó que transcurrieran unos segundos. Su madre seguía atareada con lo de planchar.

La había visto así muchas veces, muchísimas, aunque nunca como hasta ese momento se había dado cuenta de lo buena y eficiente que era. En un abrir y cerrar de ojos, lo más arrugado quedaba perfecto. Plis-plas. Movimientos metódicos, sincronización, maestría. Arte. Sin embargo seguía inquieto por su tono, su rostro seco, sus gestos adustos. Nunca la había visto así.

—Vamos, ya está bien de...

Los ojos de la mujer le cortaron la frase en seco.

—Miguel —le dijo con dureza—. No es algo fácil para mí, y no creas que me gusta. Pero todas las cosas tienen un límite, y yo ya he dicho basta con el mío. No es una broma. Mírame bien: no es una broma —se lo repitió despacio y recalcando las palabras—. Acabo de despedirte y punto. Dentro de un mes... adiós.

—Bueno, vale —bajó la cabeza—. Ya lo capto.

—¿Tú crees?

—Es tu forma de reñirme y de...

—No, Miguel. De reñirte ya nada. ¿Para qué? Tal y como te digo en la carta, mis derechos han sido vulnerados repetidamente, mientras que mis deberes han sido cumplidos con creces. Los de Amnistía Internacional incluso dirían que he sido torturada con saña. Llegados a este punto, las broncas y los sermones no sirven de nada, así que hay que actuar por la vía directa. Se acabaron los gritos. Cuando alguien no cumple, se le echa y en paz. Eso es todo.

—Pero...

—No voy a discutir más el asunto, ¿de acuerdo? Te repito que si no estás de acuerdo, me envíes a tu abogado. Pero desde luego, dentro de un mes, el siete de mayo, tú te vas y dejas de ser mi hijo. Fin del contrato.

—Que yo sepa no firmé ningún contrato cuando nací.

—Yo tampoco. Es verbal. Tú llegas y yo acepto cuidarte. Tú creces, te responsabilizas, y yo te quiero. Como desde que naciste lo has incumplido unilateralmente, yo ya no puedo seguir queriéndote igual.

Iba a preguntar qué significaba «unilateralmente», pero era lo de menos. Su madre dejó de nuevo la plancha en el soporte vertical, escogió una de las pilas de ropa, y salió del cuartito pasando por su lado para dirigirse a la habitación de matrimonio. Se dispuso a seguirla, para continuar con la discusión.

Se encontró con un obstáculo en mitad del pasillo.

Ella misma.

—Miguel, no me sigas. Punto. No es negociable, así que ya te estás yendo a tu habitación.

Estaba enfadada, muy enfadada. Se le notaba cantidad.

Así que no se pasó.

Vio como ella entraba en la habitación de matrimonio y él, tras esperar unos segundos, dio media vuelta y regresó a la suya. Nada más entrar dejó la carta encima de la mesa en la que se suponía que estudiaba y se puso a arreglarlo todo.

—No le gustaba el tono empleado por su madre. Pero nada, nada, nada.

No iba a despedirle, claro, pero...

¿Pero qué?

¿Estaba seguro de que no podía...?

Las discusiones

Pasó una hora arreglándolo todo, recogiendo la ropa sucia, ordenando los cómics, los tebeos, los libros, los juegos y lo más inimaginable que, de tanto en tanto, aparecía por debajo de algún montón de porquería. Encontró cosas que había perdido hacía días, semanas, y descubrió alguna otra que ni sabía que tenía. Luego metió la ropa sucia en el cubo destinado a tal uso en el baño, cosa que nunca hacía pese a las repetidas órdenes de su madre. Cuando la habitación estuvo como una patena, salió mucho más tranquilo.

Su madre ya no planchaba. Ahora cocinaba.

Y eso que llegaba con el tiempo justo del trabajo que tenía por las tardes y solo por las tardes, aunque ya hacía mucho que buscaba también uno por las mañanas.

De alguna forma era como si ese tiempo le cudiese más que a nadie.

—Ya he ordenado mi habitación —le dijo Miguel.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Bueno, ya no tenías por qué, pero al menos eso dice algo en favor de tu honestidad, aunque sea tarde. Me ahorraré hacerlo para cuando te vayas y la alquile.

—Oye, que yo no voy a irme —se rio.

—¿Vas a ponerlo difícil? —frunció el ceño ella—. Los desalojos por la fuerza siempre son tristes.

—Bueno, ya está bien, ¿no? —protestó.

Volvió a encontrarse con aquella acerada mirada.

—Miguel, te-lo-re-pi-to: A) No es una broma. B) Vete buscando a dónde ir y no esperes a última hora. Y C) Ya te he dicho que no es negociable. No hablamos de un convenio sindical. Aquí yo soy la jefa y la que manda y tú, el empleado. Eso significa que yo decido y tú te vas. Y ya te he dicho antes que punto.

Eso quería decir que allí se acababa la discusión.

Por la vía directa.

La puerta del piso se abrió en ese instante y en un segundo, por el pasillo, apareció su padre, que llegaba puntual como siempre y con cara de cansado. Fue a decirle hola, pero como estaba su madre delante no le comentó nada del «despido», solo le dio un beso. Su padre, encima, puso el dedo en la habitual llaga de cada día.

—¿Qué ha roto este hoy? —preguntó desanimado.

—Nada, cielo —contestó ella.

—Pues vaya, qué bien.

¡Hala, como si rompiera algo cada día!

Miguel prefirió tener la boca cerrada y esperar.

Esperar, primero, a que ellos dos hablaran y comentaran las vicisitudes de la jornada, siempre escasas salvo que él hubiera hecho una de las suyas, y después a que su padre se sentara en la butaca de la sala, dispuesto a pasar sus quince minutos de relax leyendo el periódico antes de preparar la mesa para la cena. Tanto uno como otra habían desistido ya de que eso lo hiciera él, por más que insistían.

Miguel se escaqueaba siempre de lo que no le gustaba.

Y como no le gustaba casi nada.

Y menos ayudar en casa...

Por lo menos, su madre no le había dicho a su padre ni una palabra de la carta, así que...

Sí, desde luego no tenía sentido. Era una forma de tirarle de las orejas diferente a las normales, los gritos, los castigos o los enfados. Muy astuta su madre.

Aunque, de todas formas, tranquilo, lo que se dice tranquilo, no se sentía.

Seguía erizándose el cabello del cogote al verla a ella tan triste y seria. Y tenía un nudo en el estómago...

Su madre había vuelto a la cocina.

—Papá.

—¿Qué?

—Dice mamá que me ha despedido.

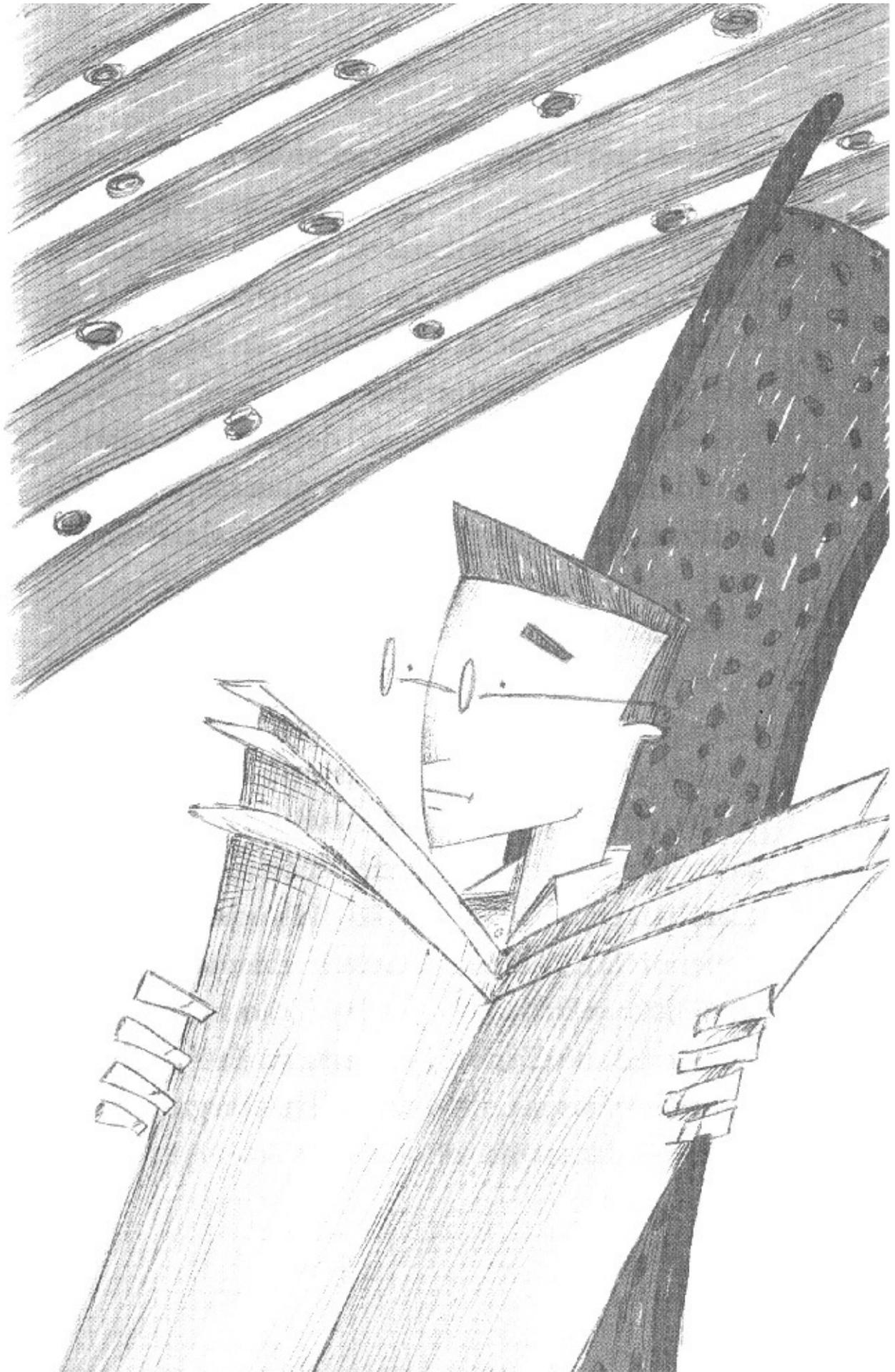
Su padre dejó de leer el periódico momentáneamente.

—Oh, vaya —arrugó el ceño preocupado—. Es cierto, me dijo que lo iba a hacer. Lo siento, hijo.

—¿Cómo que lo sientes?

—Bueno, me habló de eso hace una semana y... sinceramente, no creí que llegara a ponerlo en práctica tan rápido, pero con lo de ayer, y lo de anteayer, supongo que... En fin, mala suerte, aunque no es el fin del mundo. Seguro que saldrás adelante.

Se habían puesto de acuerdo los dos para gastarle una broma. Era eso. Ni más ni menos.



Y reconocía que sí, que se lo había ganado. Vale.

—Está bien —suspiró—. No lo haré más. Intentaré...

—Me temo que es tarde, Miguel.

—¿Cómo que es tarde?

—Tu madre ya te ha dado demasiadas oportunidades. Supongo que no querrá ponerse enferma. Se trata de ella o de ti. Y ella es mayor.

—¡No puede despedirme!

—Me temo que sí.

—¡No!

—Y yo te digo que sí —asintió con la cabeza él—. Hace poco un hijo llevó a sus padres a los tribunales para dejar de serlo, porque no le trataban como a tal. Y ganó. Lo declararon independiente. Bueno, pues es lo mismo pero al revés: tú no tratas a tu madre como a tal, y ella se ha cansado. Te despide y en paz. Es sencillo.

—¡Esto no es... —buscó algún argumento fuerte— democrático!

—Vivimos en una sociedad capitalista de libre empresa. Es legal.

—¿Por qué no me castigáis?

Se encontró con una triste y resignada mirada paterna.

—Porque tú te pasas los castigos por el forro, hijo.

—Qué va.

—Tanto te da blanco que negro. Pasas de todo.

—Yo no paso de todo.

—Oh, sí, pasas de todo.

—Yo no paso de todo.

—Oh, sí, pasas de todo.

—Yo...

—Miguel —le cortó su padre.

—Bueno, vale —empezó a enfadarse—. ¿No vas a hacer nada?

—No puedo. Soy neutral.

—¿Cómo puedes ser neutral? ¡Soy tu hijo!

—Pues ya ves: neutral del todo. Así que es un voto a favor del despido y uno en blanco. Gana el despido.

—¿Y Félix?

—El periquito no cuenta, Miguel.

—¿Pero yo qué he hecho? —por primera vez elevó la voz y en sus ojos apareció una chispa de humedad.

—Creo que ya lo sabes.

—He ordenado mi habitación.

—La punta del iceberg.

A veces su padre decía cosas sin sentido. ¿Qué tenía que ver un iceberg con lo que estaban hablando?

—Jaime se porta mucho peor —buscó otro argumento sólido.

—Jaime no es hijo nuestro, sino de la tía Amalia, y es su problema.

—Vale, pero yo no tengo la culpa de que a veces rompa cosas o me ensucie o... ¡no me doy cuenta!

El suspiro de su padre le hizo comprender que acababa de meter la pata, dándole argumentos para rebatir su imprudente defensa.

—¿Quién quiso comprobar la cantidad de chocolate que podía comerse en una hora y acabó con una indigestión de campeonato? ¿Quién se hizo un disfraz de pirata con todas mis corbatas? ¿Quién se puso a jugar con mi colección de sellos, hecha con paciencia durante más de veinte años, y acabaron volando por la ventana? ¿Quién subió en el ascensor, solo, se quedó entre dos pisos por tocar los botones, y hubo que llamar a los bomberos para que le sacaran? ¿Quién se dejó el grifo abierto para llenar la bañera y luego se puso a ver la tele? ¿Quién le rompió el traje de novia a la prima Dora el día de la boda? ¿Quién...?

—Vale, vale.

—La lista es muy larga, hijo. Y encima todo cuesta dinero, y como ya sabes, no somos ricos.

—Bueno, no nací enseñado, eso es todo. Se supone que uno se equivoca, y mete la pata...

La mirada de su padre fue fulminante. Estaba claro que no tenía ganas de discutir.

—Has tenido tiempo para aprender, Miguel. Mamá te ha dado muchas oportunidades. Ahora ya no hay nada que hacer, así que... no insistas.

Y tras decir esto, extendió de nuevo el periódico ante sus ojos y volvió a concentrarse en su lectura.

Miguel le miró sin saber si seguir dándole la vara o mejor optar por marcharse. Y decidió que lo mejor era esto último.

Un mes.

La broma ya se les habría olvidado para dentro de un mes.

Y si no era así... bueno, tenía todo ese tiempo para portarse bien.

Claro, ¡claro!, eso era todo: en el fondo le daban un mes para «enmendarse», reaccionar, portarse bien.

¡Uf, todo el tiempo del mundo!

Así que decidió que ya era hora de empezar a cambiar.

No fuera que las cosas se complicaran.

Fue a su habitación, se sentó en su silla, abrió un libro y se puso a leer, en silencio, a la espera de la hora de la cena.

El último mes

Al día siguiente se portó tan bien como el anterior, y al otro, y al otro, y...

Luego rompió el jarrón que les había regalado la tía Gertrudis por Navidad, jugando al fútbol en el pasillo, pese a la prohibición de su madre de jugar al fútbol en el pasillo.

Creía que se la iba a ganar.

Pero nada de eso. Cuando su madre entró en casa y vio el estropicio que él estaba intentando arreglar, ni se inmutó. Recogió los restos del jarrón, en silencio, y se quedó tal cual.

—Yo lo pagaré —aseguró Miguel viéndola ir de aquí para allá con los pedazos de cerámica, la escoba y el cubo de la basura—. Ha sido un... accidente.

Ni una palabra.

Su madre ni protestó.

Se extrañó.

¿Tendría que ver con lo del despido?

Por lo general, antes, su madre le habría armado la bronca y le habría castigado.

Se portó bien dos días más.

Y un tercero.

Al cuarto, los hados se confabularon para tenderle una trampa.

Subía a casa por la escalera cuando se encontró en mitad de la misma un hermoso y gigantesco bote de helado de chocolate. Ni siquiera pensó que se le habría caído a una vecina al subir a pie, pues estaba el ascensor estropeado. Lo único que sus ojos, su estómago y su hambre de helado vieron era que allí tenía hecho realidad uno de sus sueños más deseados.

Si entraba en la casa, su madre vería el bote, así que...

Se sentó en la escalera, lo abrió, y con el dedo, empezó a dar buena cuenta de él, a toda velocidad.

Estaba acabándose cuando apareció, de repente, la vecina del quinto, la señora Eugenia, en busca del bote perdido.

Los gritos de la bronca alertaron a toda la escalera, incluida la madre de Miguel.

— ¡Eres un ladrón y un mal vecino, Miguelito! —tronaba la voz de la señora Eugenia—. ¡Tu madre debería pagarme ese helado!

Su madre le dijo a la señora Eugenia que le pagaría el helado, le agarró de la mano y se lo llevó arriba, mientras el resto de las vecinas comentaban lo malo que era y la de cosas raras que se le ocurrían.

—Este chico...

—Es un demonio.

—Pobre señora María de la Esperanza.

—¡Menuda joya!

—¡Yo aún tengo mi piso hecho una pena después de la inundación!

—Seguro que le castiga de valiente.

Pero de nuevo... nada, ni un castigo.

Nada más entrar en el piso, Miguel se dispuso a defenderse, a decir que se había encontrado el bote, y que se habría deshecho por el calor en dos minutos, y que pensó en aprovecharlo, y que...

Pero su madre, una vez más, no dijo nada, ni se enfadó. Cerró la puerta y se fue a la cocina, a hacer cualquier cosa.

Miguel se dio cuenta de que allí estaba pasando algo raro.

Muy raro.

Pero prefirió no decir nada, no fuera a liar más la cosa.

Otros tres días de portarse bien.

Y al cuarto...

La culpa la tuvo el profesor de física. Les dijo que una hoja de periódico era capaz de soportar un peso de varios kilos. Así que al llegar a casa lo probó con una hoja del periódico del día anterior y la plancha. La prueba solo duró tres segundos. Los que tardó el papel en romperse y la plancha en caer al suelo, donde también se quedó hecha polvo, amén de la baldosa que se resquebrajó con el impacto.

Cuando su madre entró y vio el estropicio pareció a punto de echarse a gritar, pero de nuevo...

Nada.

Recogió la plancha ante el aterrado Miguel, miró la baldosa, suspiró y se dispuso a irse.

—Mamá... —la detuvo Miguel asustado.

—¿Qué?

—Lo siento.

—Oh, no importa —dijo ella—. Por unos días...

—¿Cómo que por unos días?

—Ya falta menos para el día 7, ¿recuerdas?

No lo había olvidado.

Insistía.

—Mamá...

La mujer salió de la habitación sin contestarle.

Aquella noche Miguel se juró ni respirar los días que faltaban hasta el 7 de mayo.

Aquella pesadilla tenía que terminar.

Y esta vez lo consiguió.

Día a día, hora a hora, extremando sus precauciones, andando con pies de plomo. Se lo pensaba todo dos veces, tenía la habitación arreglada, no se ensuciaba más que lo normal, comía, se lavaba, no discutía órdenes tales como «a la cama» o «ya está

bien de tele» o «lávate los dientes». Un santo. Bueno, al menos a él le parecía que más bien era un mártir, pero no estaba para más líos.

Acabó abril.

Comenzó mayo.

Un día, y otro, y otro más.

El día 6 casi ni habló. Se acostó temprano. Sus padres fueron a darle las buenas noches, los dos, juntos, algo que no recordaba más que cuando estaba enfermo, y tras darle un beso... suspiraron.

Realmente era como si... ¡como si fuera su última noche en casa!

Creía que no podría dormir, pero lo consiguió.

Y por la mañana...

El despido

Al abrir los ojos y mirar el reloj se llevó un susto morrocotudo.

¡Las nueve y cuarto!

¡Llegaba tarde al colegio!

¡Tardísimo!

¿Pero cómo su madre no le había despertado?

—¡Mamá!

Ni se acordó del día que era. Solo tenía en la cabeza la bronca que iba a llevarse en la escuela, porque desde luego, aunque corriera, ya se perdía la primera clase, y una falta sin justificar...

—¡Mamá!

No tenía tiempo de lavarse. Se vistió a toda prisa y salió de la habitación como alma que lleva el diablo. Antes de llegar a la cocina vio en la entrada del recibidor una bolsa de mano y una maleta pequeña. No les prestó atención. No iba a detenerse. Pero en ese momento ella apareció en la puerta de la cocina.

—Ah, hola —le dijo como si tal cosa.

Su madre sonreía.

—¡Mamá! ¿Has visto la hora que es?

—¿Sí, por qué?

—¡Voy a llegar tarde a la escuela!

—¿Vas a seguir yendo a la escuela? Vaya, eso está bien, y dice mucho de ti. Creía que con lo poco que te gusta, ahora que vas a poder, pasarías de ella.

—¿Cómo que...?

Su madre seguía sonriendo, parecía feliz, relajada.

Entonces recordó...

Siete de mayo.

El día.

Solo que... no podía ser.

No podía ser, claro. Era imposible. Im-po-si-ble.

—Mamá...

—Ahí tienes tus cosas —ella señaló la bolsa y la maleta—. Te he puesto lo justo, para que no vayas muy cargado. De todas formas, cuando estés instalado, puedes venir a por el resto.

—¡Mamá, que no voy a irme!

—No es decisión tuya, sino mía.

—Pero...

Hablaba de forma paciente, muy paciente, pero también muy firme.

—Estás despedido, Miguel, ya te lo dije en su día.

—¡No es verdad!

—Sí lo es, y lo sabes. Despedido después del mes legal de advertencia. Ahora ya está. Se acabó. No diré que haya sido terrible o excesivamente malo tenerte todos estos años, pero tampoco ha sido lo que se dice un placer, un lecho de rosas. En fin... tuvimos algunos buenos momentos, que serán los que recordaré. Sea como sea, siempre seremos tus personas más allegadas y nos visitaremos.

Mientras hablaba le empujó suavemente hacia el recibidor. Miguel ni siquiera se dio cuenta, pero de pronto se encontró en el rellano de la escalera, con la bolsa y la maleta, una en cada mano, y con su madre en mitad de la puerta que iba a cerrar.

Iba en serio.

Totalmente en serio.

—¿Dónde voy a ir? —exclamó con un hilo de voz.

—No sé, has tenido un mes para buscarte algo. Si no dejaras las cosas siempre para última hora... Ah, me olvidaba —sacó un sobre del bolsillo de la bata y se lo tendió—. Son tus referencias.

—¿Mis qué?

—Tus referencias, más una copia de la carta de despido por si la has perdido y una carta de libertad. Ahí se dice que eres un buen chico aunque te portes mal. No he querido cargar las tintas. Bueno, por si alguien quiere adoptarte, no sé.

—¡Yo no quiero que me adopten! —gritó Miguel.

—Tienes la opción de ir a un centro de huérfanos.

—¡Yo tengo padres!

—Pero esos padres no tienen ningún hijo después de hoy.

—Mamá...

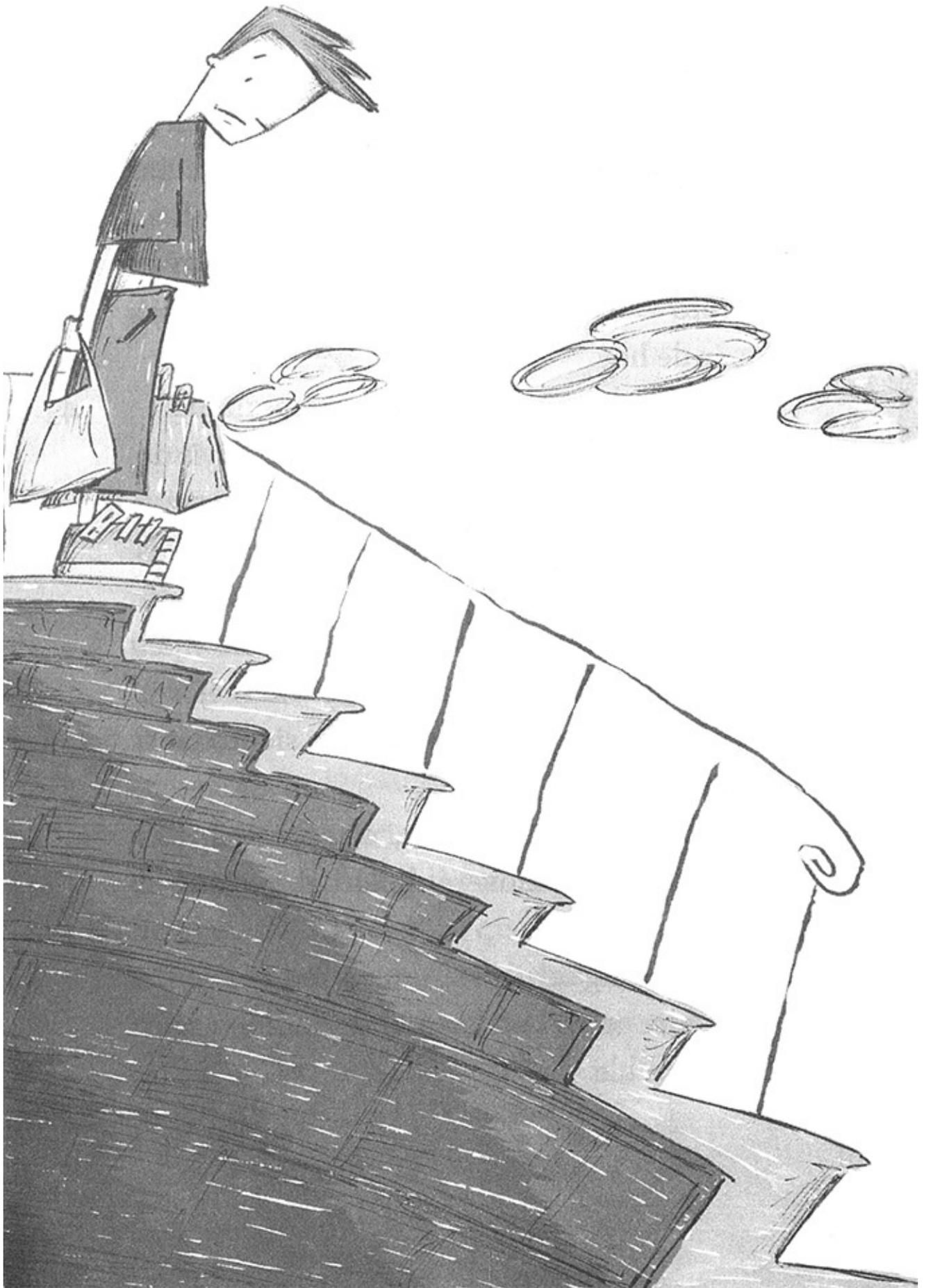
—Miguel, no tengo todo el día —le advirtió ella—. Como es mi primera jornada de paz y libertad sin ti, sin tener que ser esclava de tus suciedades ni de tus travesuras, pensaba salir a dar un paseo, apuntarme a un gimnasio y pedir la tarde libre, no ir al trabajo y a lo mejor ir al cine con mis amigas. Así que... lo siento pero tengo prisa.

—¡Vale, me portaré bien, como estos días pasados, y no me moveré de la habitación, ni respiraré, ni...!

—Adiós, Miguel.

Su madre cerró la puerta.

Era increíble.



Lo había echado.

Despedido.

Pensó en sentarse en la escalera y no moverse, aunque le cayera el cielo encima. Tendrían que tirarle por el hueco para expulsarle de su sitio. Se moriría de hambre allí mismo, y sus padres no tendrían más remedio que volver a readmitirle. Es más, si estaba moribundo, seguro que entonces se arrepentirían mucho. Eso era. Resistencia pasiva. Sentarse y esperar.

Oyó un ruido más arriba. Alguien bajaba por la escalera.

Unos segundos después apareció la señora Gertrudis.

—Hombre, Miguel, ¿ya te vas?

Abrió tanto los ojos que casi se le cayeron las pupilas al suelo.

¿Qué pasaba, que su madre lo había anunciado a bombo y platillo?

—Bueno, por mi parte pienso que te lo has ganado —siguió la señora Gertrudis—. No me da ninguna pena. Cada uno tiene lo que se merece.

—Pero si yo...

No le hizo caso. Pasó por su lado y se perdió escaleras abajo.

Miguel miró la puerta de su casa, luego el escalón en el que había estado sentado.

Todo iba en serio.

¡EN SERIO!

Y si montaba el número... sería peor.

—¡Pues sí que...! —lamentó.

El mundo se había vuelto loco. Sus padres se habían vuelto locos. A veces veía por la tele desgracias y fatalidades que ocurrían en otras partes, lejos, y egoístamente no le importaba, porque él dormía caliente, tenía qué comer y no le faltaba de nada. Se lo pasaba en grande. Ahora la desgracia y la fatalidad le alcanzaban de lleno. ¡Patapum!

Y él ni siquiera saldría por la tele.

Tuvo un acceso de rabia. Muy fuerte. La rabia lo llevó a la desesperación y ella a... De repente se sintió orgulloso. ¡Qué caramba! ¿No le habían echado, «despedido», como decían todos? ¡Pues se iría! ¡Vaya que sí! ¡Se iría y les demostraría...!

¿Qué?

¿Qué podía demostrar?

El orgullo se le esfumó, estallando como una pompa de jabón en el silencio de la escalera.

Se guardó el sobre en el bolsillo del pantalón, recogió la bolsa y la maleta muy abrumado, y como si le pesaran una tonelada cada una, bajó el primer peldaño, camino de la calle.

El destierro.

En la calle

Nada más salir a la calle, el peso de la realidad se le cayó encima.

Estaba solo.

No tenía a dónde ir.

Nadie a quien recurrir.

Se sintió más perdido que una foca en el desierto, así que no dio ni un paso más. Las rodillas se le doblaban, y un miedo atroz le atenazó la boca del estómago y le paralizó el cerebro. Miró a derecha e izquierda. Su calle, antes familiar y amistosa, ahora le parecía la puerta del infierno. No tenía ni idea de lo que pudiera haber más allá de ella ahora que estaba solo. El mundo se convertía de pronto en un lugar muy grande, muy inhóspito, muy duro.

¿Pero cómo era posible que aquello le estuviese sucediendo a él?

Y encima caía un sol de mil demonios.

En la acera de enfrente en cambio había sombra.

Reunió todas sus fuerzas, que eran muy pocas, y cruzó la calzada. Al llegar al otro lado ya no pudo más. Se sentía como si hubiera caminado mil kilómetros, como si llevara jugando diez partidos de fútbol seguidos. Así que se sentó en el bordillo, y desde él miró el portal de su casa.

Seguro que su madre salía en unos segundos para llamarle.

Seguro que ponía fin al castigo, o la broma, o lo que fuera.

Seguro que ya le remordía la conciencia.

Seguro...

Contuvo la respiración. Su madre no parecía tener mucha prisa en bajar a rescatarle de la pesadilla. Entraron y salieron media docena de vecinos, pero no la que más deseaba ver.

Y así, sin darse cuenta, pasó su primera hora de soledad.

A él le pareció una semana.

Tuvo tiempo de recordar muchas cosas, buenas y malas. Las Nochebuenas, los días de Navidad, sus cumpleaños, los días de Reyes, las vacaciones, su cama, sus juguetes. Ahora todos sus colegas estarían en la escuela, pasándoselo bien. Increíble. Por primera vez en su vida pensaba en la escuela como lo que en realidad era: un lugar para pasárselo bien. Ni siquiera lo había comprendido hasta ese momento. Había hecho falta aquello para echarla de menos.

Pero también estaban las cosas malas.

Y parecían ser un montón.

Un montonazo.

¿Cómo era posible que hubiese hecho tantas barbaridades en tan pocos años de vida? A lo peor había batido un récord Guinness de esos. Era un monstruo.

—¡Vaya! —suspiró.

El tiempo transcurría sin más, vacío, estéril.

Tic-tac-tic-tac.

¿Qué podía hacer?

Finalmente, sí apareció ella. Su madre.

Se le paró el corazón. Estuvo a punto de llamarla.

Pero su madre no pareció querer buscarle, al contrario.

Iba sonriente, muy guapa, muy arreglada, como hacía mucho que no la veía arreglarse, y lejos de mirar en su dirección lo que hizo fue echar a andar calle arriba.

Con un semblante radiante.

Miguel se quedó boquiabierto. Mudo.

¡Se iba a un gimnasio, como le había dicho!

¡Menuda cara!

Su madre desapareció por la primera esquina y ya no regresó. Por lo menos en los minutos siguientes, y después...

¿Una hora? ¿Dos?

Miguel tenía el cerebro embotado, las piernas paralizadas. Por delante de él se extendía una negrura sin fin, terrible, anímica y tenebrosa.

No sabía qué hacer.

Y ni siquiera había desayunado. Tenía hambre.

Lo malo era que no llevaba nada encima, ni un mal euro.

¿Cuando a uno le despedían no le daban una indemnización?

Cuando volviera su madre le pediría...

—Oooh... —tuvo ganas de echarse a llorar.

Debía de ser ya última hora de clase. Vio a muchos chicos y chicas, de su edad, o más pequeños, o más mayores, con sus madres. Iban hablando, riendo, o con caras serias, pero agarrados de su mano. Madres e hijos, como debía ser. ¿Les despedirían también a ellos algún día? ¿A dónde iban los «despedidos»? A lo mejor tenían abuelos y abuelas, tías y tíos. Lo malo es que sus abuelos vivían fuera y...

—¡Jo!

Por fin hizo acopio de valor, y también de fuerzas.

Había tenido una idea.

En el parque

Cargó la bolsa y la maleta y echó a andar calle abajo. Si era la hora que suponía que era, el parque estaría lleno de chicos y chicas. Podría preguntarles a ellos.

Su equipaje le pesaba un montón. Y eso que su madre le había dicho que solo ponía lo esencial. Cuando se iban de vacaciones o de compras, él no llevaba nada. Siempre le habían mimado. Hasta aquello se le antojaba duro.

Llegó a la esquina, cruzó la calle. Todo le parecía distinto. El barrio entero. O lo era o lo miraba con otros ojos. El parque se dibujó a lo lejos, dos calles más allá. Apretó el paso y no tardó en adentrarse en él, bajo los frondosos árboles que daban frescor ahora que la primavera ya estaba en su apogeo y preludiaba el verano. La zona de juegos quedaba a la izquierda. Desde lejos ya escuchó los gritos desenfadados de los que corrían por allí libremente. El corazón le latió un poco más rápido.

¿Qué iba a decirles?

Salió a la gran zona abierta y despejada y contempló el panorama. Dos docenas de madres con sus bebés o niños pequeños muy cerca de su amparo parloteaban de sus cosas —sus cosas siempre estaban referidas a sus bebés o niños pequeños, porque cada cual pensaba que el suyo era el más guapo y el que tenía mejor aspecto, mientras que el de la otra era feo o estaba escuchimizado—. Dos docenas de ancianos y ancianas tomaban el sol observando los juegos de los niños y las niñas, con sus ojos cargados de nostalgia, mitad envidiosamente dulces por el recuerdo de su niñez, mitad molestos por el ruido que armaban y que les impedía mecerse en el silencio. Dos docenas de chicos y chicas corrían por todas partes persiguiéndose, pugnando por los escasos columpios, peleándose, profiriendo alaridos y sembrando el pánico entre las madres y los ancianos.

O sea, lo de cada día.

Miguel dejó caer la bolsa y la maleta.

En otras circunstancias habría echado a correr para sumarse a los juegos de los chicos y chicas, pero en aquellas... No tenía ganas.

Esperó.

Hasta que le vieron los más allegados. Sus amigos del parque, ya que no iban a la misma escuela.

—¡Miguel!

—¡Eh!

—¡Ven!

No se movió. Eso hizo que Isaías, Alejandro y Mar se acercaran a él, extrañados tanto por su inmovilidad como por el equipaje que llevaba.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Isaías.

—¿Te vas de viaje? —se interesó Mar.

—¿Te duele el estómago? —frunció el ceño Alejandro al verle la cara de funeral.

¿Cómo explicárselo?

Lo intentó.

—Mis padres me han echado de casa.

Los tres se quedaron boquiabiertos.

—¡No!

—Sí —insistió Miguel—. Me han despedido. —¿Que te han despedido?

—Sí.

—No pueden —dijo terminante Mar.

—Pues lo han hecho —certificó él.

—¡Anda ya!

—¡Te estás quedando con nosotros!

No le creían, claro.

Se encogió de hombros y bajó la cabeza. Solo su orgullo le impidió echarse a llorar.

Mar, por aquello de ser una chica, fue la primera en darse cuenta.

Era muy dulce y muy sensible.

—¿Es... de veras?

—Sí —musitó él.

Isaías y Alejandro abrieron los ojos y la boca.

—¿En serio?



—¿Por qué?

—Dicen que ya se han cansado de mis trastadas, y que están en su derecho. Que es un despido legal.

—No puede ser legal —consideró su amigo Isaías.

—Es lo que les dije yo, pero ya ves.

—¿Y ya no has de obedecer, ni hacer lo que te digan, ni ir a la escuela, ni...? —se animó Alejandro.

¿Cómo decirles que ahora eso era lo de menos?

—¡Qué pasada!

—¡Tope!, ¿no?

—No seáis burros —protestó Miguel—. ¿A dónde voy a ir?

—Mi madre está embarazada, y como es niño, van a necesitar la habitación que está libre —dijo Mar—. Si no fuera así, podrías venirte a mi casa una temporada, hasta que encontraras algo.

Era una chica estupenda.

—Gracias —suspiró Miguel.

—Puedes vivir aquí, en el parque —manifestó Isaías con total entusiasmo.

—O en los edificios abandonados de ahí atrás —propuso Alejandro.

—Están llenos de ratas —se estremeció Mar—, y hay muchos hombres que no tienen vivienda.

—Pues por eso, como Miguel no tiene casa...

Un «sin casa». Acabaría siendo un «sin casa». Se haría viejo durmiendo en la calle y cargando bolsas de plástico. A lo peor todos los «sin casa» del mundo primero habían sido despedidos de las suyas por sus madres. Por eso había tantos.

Nunca había pensado en ellos hasta ese instante.

—¿Lleváis dinero encima?

Se miraron los tres entre sí.

—No, ¿por qué?

—Tengo hambre.

—Jo, tío, ¡qué mal lo tienes! —manifestó Isaías.

—Yo vivo aquí enfrente. Puedo ir a por un bocadillo, ¿quieres? —se ofreció Mar.

A Miguel se le hizo la boca agua.

—Gracias —asintió con la cabeza.

—¡Vuelvo enseguida!

Mar echó a correr y los dejó. Miguel se enfrentó a las miradas expectantes de sus dos camaradas de juegos en el parque.

—Oye —dijo Isaías—, ¿seguro que no es una inocentada, como esas de la tele?

—No —aseguró Miguel.

Alejandro miró alrededor, por si veía algo susceptible de esconder una cámara.

—Esto es muy raro —exclamó tras comprobar que por allí no había nada sospechoso.

—Puedes irte a América y hacerte rico —propuso Isaías—. Leí un libro en el que un chico se fugaba, se enrolaba en un barco, llegaba a América, trabajaba en muchas cosas, vivía cientos de aventuras, y luego encontraba oro y...

—O puedes hacerte probador de videojuegos —le reemplazó Alejandro.

—O lavaplatos en una hamburguesería y así las tendremos más baratas.

—O repartir pizzas aunque sea a pie.

Estas propuestas eran verdaderamente absurdas. Miguel empezó a estar harto. ¡Menudos amigos!

¡Lo encontraban divertido, genial!

Iba a echarles en cara su falta de apoyo, que no se lo tomaran en serio, que no le ayudaran con ideas positivas, que no vieran la gravedad de la situación, cuando de pronto aparecieron dos auténticas furias, o sea, dos madres.

—¡Isaías! —gritó una.

—¡Alejandro! —gritó otra.

Los dos se quedaron blancos de golpe.

—¿Sabes la hora que es?

—¡Cada día lo mismo!

—¡Es la última vez que vengo a por ti!

—¡Sube a casa inmediatamente!

No tuvieron tiempo ni de despedirse. En un abrir y cerrar de ojos, Isaías y Alejandro ya no estaban allí. Habían desaparecido, atrapados por el celo impenitente de sus respectivas progenitoras.

Por primera vez Miguel sintió envidia de ellos.

¡Cuánto echaba en falta aquello, aunque fuera un grito!

Una amiga de verdad

Mar tardó apenas unos minutos en reaparecer. Miguel seguía en el mismo sitio, como si sus pies estuviesen dispuestos a echar raíces en el parque. La niña llevaba un hermoso bocadillo en la mano.

—Hola —se lo tendió—. Es de queso. No había nada más. Y el pan es de ayer, pero...

—No importa. Gracias.

—Mi madre está al llegar del trabajo. No puedo quedarme mucho.

—Eres estupenda —dijo Miguel.

Siempre se lo había parecido, pero aquella era la prueba. Había tenido que pasar algo tan gordo como lo de su «despido» para que se diera cuenta. ¿Quién dijo que los amigos son para las ocasiones en que se necesitan?

—Un día te dije que te pasabas un poco, ¿recuerdas? —le reprochó Mar, enfriándole su sentimiento de gratitud hacia ella.

Lo recordaba. Habían estado incordiando a una parejita de novios sentados en uno de los bancos más apartados, molestándolos y burlándose de ellos, hasta que los pobres no habían tenido más remedio que irse de allí.

—Fue una broma —se excusó.

—Hay bromas y bromas. ¿Y si no tenían dónde ir?

—Yo no soy un gamberro, pero si no hago tonterías ahora...

—Ya, pero hay que tener en cuenta a los demás. Ellos también tienen sentimientos. Eso de que hay que hacer ahora lo que no haremos de mayores es una excusa para el desmadre.

A Mar nunca la despedirían, seguro. Era un trozo de pan.

Un millón de veces más trozo de pan que el que acababa de darle.

—¿Y el día que empujaste al estanque a aquel niño pequeño, abusando de tu fuerza? —continuó Mar.

—Luego vino su hermano mayor y me tiró a mí, y mi madre me echó una bronca que no veas.

—Y si tú hubieras tenido un hermano más mayor, ¿qué? ¿Habría tirado al otro también al estanque?

—Bueno, vale —apretó las mandíbulas enfurruñado.

No quería que Mar le recordase todas sus «hazañas» del parque.

—Lo siento —musitó ella—. Es que me va a saber mal perderte.

—No vas a perderme.

—¿Qué vas a hacer?

—No sé.

—Entonces...

—¡No puedo irme de aquí! —casi gritó Miguel.

—¿Les has dicho a tus padres...?

—¡Lo he intentado todo, y nada! ¡Dicen que se acabó!

—Pues lo tienes crudo —reflejó todo el horror que sentía.

Ya había pasado medio día, y seguía allí, cerca de su casa, pero sin saber qué hacer. ¿Por qué no los creyó un mes antes, cuando lo de la carta? ¿Por qué no se lo tomó en serio entonces?

—Oh, Mar... —gimió con desaliento.

—Intenta quedarte por aquí. Yo te bajaré comida cada día.

¿Qué otra cosa podía hacer?

Y menos mal que era primavera. En invierno...

—He de irme —lamentó la niña.

—¿Ya?

—Cuando salga del colegio esta tarde, vendré a verte. Si estás por aquí ya pensaremos algo.

—Gracias.

—Les preguntaré a mis padres cómo van esas cosas de los despidos. Yo tampoco sabía nada del tema, ya ves.

—De acuerdo.

—Vale, cuídate.

Ella le puso una mano en el brazo. Se lo apretó ligeramente. Luego, de forma inesperada, se le acercó y le dio un beso en la mejilla antes de echar a correr por segunda vez a toda velocidad, casi más por la vergüenza que por la prisa. Miguel se quedó emocionado viendo cómo su amiga se alejaba de su lado.

El ruido cavernoso de su estómago le recordó que tenía hambre y que el bocadillo de queso seguía esperando en su mano.

Así que buscó el banco más próximo y se sentó en él.

El anciano

El bocadillo estaba buenísimo. O quizá fuera el hambre. Lo malo es que se lo zampó en un abrir y cerrar de ojos y se quedó mirando sus manos vacías con ansiedad. Se levantó para ir a la fuente, que se encontraba a unos veinte pasos de distancia. Sació su sed y cuando regresó al banco se dio cuenta de que un anciano se había sentado en él.

Miguel ocupó la otra punta en silencio.

¿Qué hacía? ¿Se quedaba allí confiando en Mar, dispuesto a pasar la noche en el parque, o tomaba la decisión de ir a...?

De nuevo la misma cuestión: ¿a dónde?

No tenía ninguna parte a la que acudir.

Nadie a quien llamar.

Estaba «despedido».

De alucine.

—¿Es un viaje muy largo?

La voz le sobresaltó. Volvió la cabeza hacia el otro lado.

Era el anciano.

Le observó.

Podía tener cien años o más, ¿cómo saberlo? Todos los mayores le parecían igual. Se dividían en «jóvenes», «adultos» y «viejos». Y en la categoría de «viejos» cabían un montón. Por ejemplo, sus padres eran «adultos», aunque su madre aún no tenía los cuarenta y su padre acabase de cumplirlos. Después de eso, todos eran «viejos».

El anciano del banco tenía la cara surcada de arrugas milenarias, como si el tiempo le hubiese arado la piel un sinfín de veces. Los ojos, muy dulces, eran dos grietas hundidas en los cuévanos; el cabello, muy blanco, semejaba un manto celestial; la mandíbula era enjuta, formaba un ángulo recto dominado por los dos pómulos que sobresalían como colinas; las manos, apoyadas en la parte superior de un bastón en forma de cabeza de perro de impoluta serenidad, eran dos sarmientos tan labrados como ella. Vestía con añeja corrección.

—¿Cómo dice?

—Te he preguntado si es un viaje muy largo —el anciano señaló la bolsa y la pequeña maleta.

—No lo sé.

—¿No sabes a dónde vas?

—No.

Se encontró con su sorpresa y lamentó habérselo dicho, pero no se levantó y se fue, como era de esperar. Su madre le tenía prohibido hablar con extraños.

Quizá fuese una buena persona y le ayudase.

¡Necesitaba tanto una mano amiga que le ayudase!

—Así que te han echado, ¿eh? —dijo el anciano reflexivamente.

—¿Cómo lo sabe? —quedó impresionado Miguel.

—Bueno, tengo mis años —consideró el hombre.

—¿Cuando era niño también se despedía a los hijos?

—¿Así que te han despedido?

—Despedido, echado, ¿no es lo mismo?

—No. Es diferente —repuso el anciano—. Despedir es algo que atañe a un contrato establecido. Echar significa algo peor y más duro. Si te han despedido siempre puedes ser readmitido, o en el peor de los casos encontrar una nueva familia.

—Yo no quiero una nueva familia —dijo rápido Miguel—. Quiero a mis padres.

—Tenías que haberlo pensado antes, ¿no crees?

—¿Usted también me va a dar la vara?

—No, hombre, no. Me limitaba a charlar contigo.

—No ha respondido a mi pregunta.

—¿Cuál?

—¿Cuando era usted niño también se despedía a los hijos?

—Era más difícil, una cláusula que raramente se tenía en consideración, o se aplicaba en muy escasas ocasiones, pero sí, desde luego que sí.

—¿O sea que... va en serio?

—¿Crees que lo que te pasa es una broma?

No tuvo que responder. De broma nada. Cada vez iba más en serio y estaba más asustado, si es que aún podía albergar más miedo e incertidumbre en su corazón.

—¿Por qué nadie nos advierte de eso?

—¿Creiste a tus padres cuando te anunciaron el despido?

—No.

—Pues ya ves. Los hijos siempre se creen que no va a pasar nada, que son inmunes, que tienen todas las de ganar, que los padres están para trabajar, proporcionar comida y aguantar lo que les echen. Y no es así. No eres el primero que se encuentra en la calle, y boquiabierto.

—¿Usted conoció a algún niño despedido cuando era... más joven?

—A mí me despidieron.

—¿Ah, sí? ¿Y qué hizo?

—Les pedí perdón, hablé con ellos, y me dieron otra oportunidad.

—A mí no me la han dado.

—Debes haber hecho cosas muy gordas.

—¿Yo? Para nada. Qué va.

—No creo que te hayan despedido por haber sido un ángel.

—Tengo amigos que se portan peor.

—Pero no todos los padres son iguales.

—Mi amigo Federico vendió sus zapatillas nuevas, que valían una pasta gansa, y les dijo a sus padres que se las habían robado. Y mi amigo Estanis le robó una pluma a una niña llamada Esther y luego dijo que había sido otro chico llamado Ramón. A mí eso me parece peor.

—Ya te he dicho que cada padre y cada madre tiene un rasero distinto para medir las cosas. Pero de lo que de verdad se trata es de ti. No puedes ir por ahí tensando la cuerda para ver hasta dónde te permiten llegar, qué hacer y qué no hacer. En todo hay un equilibrio. Tú no pareces tonto. Sabes lo que está bien y lo que está mal. Una cosa es ser un niño y meter la pata, y otra muy distinta es hacer lo que te da la gana pasando de todo. ¿Y el respeto? Lo único que has hecho es demostrar que no querías demasiado a tus padres.

—¡Pero si los quería! —se dio cuenta de que ya hablaba en pasado y rectificó de inmediato—. Bueno, ¡los quiero!

—¿Cómo te llamas?

—Miguel.

—Entonces ve y díselo, Miguel. Inténtalo de nuevo.

—No me harán caso.

—Inténtalo. Despedido o no, en el fondo siempre serán tus padres. Pídeles una demora, una prórroga, algo que te permita ganar tiempo, demostrarles que has cambiado.

—Usted no conoce a mi madre.

—Conocí a la mía —sonrió por primera vez, y le enseñó una dentadura sin duda postiza con una doble fila de blancos dientes por arriba y por abajo—. Aquello sí era un sargento. ¡Catorce hijos tuvo!

Miguel se estremeció. Él no tenía a nadie. Tal vez si tuviera un hermano o una hermana...

Pero si su madre ya había acabado loca con él solo...

No tenía nada mejor que hacer.

Su última oportunidad.

Y si no le readmitían, siempre podía dormir bajo el hueco de la escalera.

Por lo menos esa noche.

—Voy a volver —asintió con la cabeza.

—Bien hecho.

—¿Estará usted aquí mañana?

—Yo siempre estoy por aquí a esta hora, antes de comer. Vivo aquí cerca, con mi hija y su marido.

—¿No tendrá una habitación libre, por si acaso?

—Mi hija tiene una, pero está embarazada y pronto nacerá mi nieto, así que les hará falta.

Curioso: como la madre de Mar.

Venga a nacer niños y niñas y luego...

No, él se lo había ganado a pulso. Empezaba a darse cuenta.

—Me voy a casa —anunció poniéndose en pie.

—Suerte, Miguel —le deseó el anciano.

Recogió su maleta y su bolsa. Luego echó a andar sin excesiva prisa —ni confianza— hacia su calle.

No vio la sonrisa que, por detrás, nacía en los labios del hombre del banco.

Una sonrisa llena de ternura y compasión.

Último intento

Seguía teniendo hambre pese al bocadillo de Mar, pero la débil llama de la esperanza insuflada por el anciano hizo que se olvidara de ello. Con un poco de suerte...

Llegó a su calle, caminó por la acera opuesta, y se sentó en el bordillo tan inseguro y desconcertado como lo había estado por la mañana, al consumarse el despido. No tenía ni idea de si su madre estaría en casa o no. Levantó los ojos, miró las ventanas y no vio ni rastro de ella. Ni el menor movimiento.

¿Habría ido realmente a apuntarse a un gimnasio?

¿Y se tomaría toda la tarde libre para ir al cine?

¿Sería capaz?

Vio entrar y salir a media docena de vecinos. Ninguno le lanzó una mirada. Era una especie de mancha sobre el bordillo. El tráfico iba y venía por la calzada, entre las dos aceras, levantando remolinos de polvo, agitando el aire inquieto a su paso. Miguel estaba como absorto.

Tan absorto que la súbita y esperada aparición de su madre le pilló por sorpresa.

Allí estaba. Acababa de doblar la esquina con la misma sonrisa que cuando la viera salir, y tan guapa y radiante como entonces, o más, porque ahora lucía un nuevo peinado, estaba un poco más morena de piel, como si hubiese tomado una sesión de rayos uva, y desde luego tan relajada como si de remate se acabase de pasar una hora en una sauna.

La vio caminar muy decidida hacia el portal, sin mirar a derecha o izquierda. O sea, sin buscarle por si aún estaba por allí, como así era. No daba la impresión de echarle de menos.

Ya no estaba triste como un mes antes. Seguía pareciendo la persona más feliz del mundo.

Y libre.

Miguel se quedó tan hecho polvo que ni reaccionó.

—No puede haberme olvidado así, tan deprisa —musitó desfallecido.

Pero si no era así... lo parecía.

La mujer entró en la casa.

Antes de que él pudiera llamarla.

—¡Mamá!

Fue una reacción tardía.

No le dio tiempo a ponerse en pie y echar a correr tras ella. La sorpresa había sido demasiado fuerte. Volvía a estar solo, con la duda de si subir escaleras arriba y llorar o quedarse tal cual, tan perdido como lo había estado desde su expulsión hogareña.

Pronto pasaría la tarde entera y oscurecería.

—¡Ay, ay, ay! —se alarmó más y más asustado.

¿Cuánto le echarían si le detenían por robar un pedazo de pan?

Oyó una voz a su espalda. Ni se giró. Era la señora Francisca, una de sus vecinas más pesadas.

—¡Señora Armanda, señora Armanda, seño...!

La voz de otra de sus más inclementes vecinas se unió a la de la primera.

—¿Qué sucede, señora Francisca? La veo muy contenta.

—¿Es que no lo sabe? Han despedido a ese niño, ¡Miguel!

—¡No me diga!

—Sí, sí, ¡por fin!

—Oh, qué alivio.

—Y que lo diga, ¡todavía no puedo creérmelo!

—¡Qué paz! Cuando se lo diga a mi Casimiro.

—Yo es que no me lo puedo creer.

—Pero... ¿Despedido, despedido?



—Del todo.

—Se acabó eso de bajar las escaleras saltando los peldaños de seis en seis, como si fuera un regimiento de caballería al asalto.

—Y la música a todo volumen con la ventana abierta.

—Y los gritos de su madre riñéndole.

—Y ese miedo de encontrártelo en cualquier momento corriendo como un loco.

—Porque mire que era malo, ¿eh?

—Y que lo diga, ¡malísimo!

Miguel tenía un nudo en la garganta. Tampoco había para tanto.

Menudo par.

Aunque desde luego... todos le tenían manía, eso sí.

Muchísima manía.

Los mayores eran muy plastas.

—En fin, señora Armanda, la veo luego.

—Que pase un buen día, adiós, señora Francisca.

¡Usted dirá!

Se alejaron sin verle, sin saber que estaba tan cerca, allí, sentado en el bordillo y de espaldas a ellas.

¿El barrio entero iba a hacer una fiesta o qué?

Locos. Todos locos.

Pero él... despedido.

Y en la calle.

Pasó otro largo rato. Su madre no salió, ni para ir al cine ni para ir a su trabajo de por las tardes. Eso le extrañó. Pero más extrañeza le causó, de repente, ver aparecer a su padre.

Era una hora insólitamente temprana para que él estuviese allí.

En esta ocasión no le pilló la sorpresa de improvisó. Saltó con los músculos en tensión, recogió la bolsa y la maleta y cruzó la calle a la carrera. Menos mal que no pasaba ningún vehículo en ese momento, porque se lo habría llevado por delante. Su padre iba a entrar en el portal.

—¡Papá!

Se arrojó en sus brazos temblando, después de dejar caer su equipaje al suelo. El hombre le dio un beso en la frente.

Aquello era esperanzador.

Sus palabras no.

—Vaya, Miguel, ¿todavía por aquí?

—Pero, papá..., ¿qué dices?

—No sé. Es que no esperaba verte.

—Caramba, papá, que mamá me ha echado esta mañana, no hace un mes.

—Despedido.

—¿Qué?

—Mamá te ha despedido, no te ha echado. Es muy distinto.

—¡Da igual! —gritó furioso—. ¿Qué está pasando, por favor?

—Venga, hijo —suavizó su padre casi alegremente—. Esas cosas pasan y no se acaba el mundo. En la vida todos aprendemos, evolucionamos, crecemos...

Su madre era implacable, pero su padre parecía no oír.

—Llevo todo el día aquí —suspiró buscando la ternura del cabeza de familia.

—¿Has encontrado vivienda o trabajo en esta misma calle?

Su padre le miraba sonriendo, pero sin el menor ánimo de...

—Papá, ¿qué dices? ¿Trabajo?

—Hombre, de algo vas a tener que vivir. No me digas que estás igual.

—¡Claro que estoy igual!

—Pues no será porque no hayas tenido tiempo de hacer algo.

—¡Papá! —protestó inútilmente.

—Miguel, si todo el mundo al que se le despide hiciera lo mismo... ¡Menudo follón! Has de aceptar las cosas.

—¡No es justo!

—No lo será para ti, pero para ella sí. Ya te dije que estaba muy enfadada, furiosa, y que yo prefería ser neutral y mantenerme al margen, aunque... creo que tiene razón.

—¡Me portaré bien!

—No se trata de portarse bien. Se trata de que te has pasado mucho, como si no te importara nada lo que hacías o que los demás tuviéramos que ir todo el día detrás de ti. Y no será por falta de oportunidades.

Le miró horrorizado, una vez más.

—Bueno, debo irme —continuó su padre—. Ahora que mamá y yo estamos solos, queremos empezar a divertirnos, ver lo que nos gusta por la tele, disfrutar del silencio, leer en paz, charlar un rato sin que nadie nos interrumpa... En fin, lo que no podíamos hacer antes. ¡Ánimo, exhijo!

Le dio una palmadita en el hombro y se dispuso a entrar en el portal.

Miguel se quedó inmóvil, como una estatua.

—¡Ven a vernos de vez en cuando!, ¿eh? —levantó una mano amistosa el hombre.

Entró en el portal.

Miguel volvió a sentarse en el bordillo.

Solo.

¡Pero qué cosas pasaban en la vida en cuanto uno se descuidaba!

La policía (bueno, la urbana)

La idea de ir a la policía, para quejarse, se le apareció en la mente un segundo antes de que el coche patrulla de la urbana doblara la esquina más cercana.

¡La policía!

Estaban para cosas así, ¿no?

O sea...

—¡Eh!

Se puso en pie y llamó su atención.

El coche patrulla se detuvo ante su grito, en doble fila, y los dos agentes bajaron de su interior con parsimonia y poco ánimo para ver lo que quería. Uno era muy gordo; el otro, muy flaco. El gordo tenía bigote; el flaco, la nariz aguileña. Se le quedaron mirando con toda su pompa uniformada, pero con cara de pocos amigos.

—¿Sí? —dijo uno.

—¿Qué te pasa, chico? —le preguntó el otro.

—Mis padres me han echado de casa.

—¿Echado? —inquirió el gordo.

—¿Qué has hecho? —quiso averiguar el flaco.

—¿Yo? Nada.

—Vamos, hombre. Si no hubieras hecho nada, no te habrían largado, ¿no crees?
—sonrió melifluo el gordo.

—¿Te crees que nos chupamos el dedo o qué? —le apoyó el flaco.

—Quiero volver —insistió él pasando de los comentarios nada prometedores.

—Pues vuelve —se encogió de hombros el gordo.

—¿Te han echado, echado? —soslayó el flaco.

—Bueno, en realidad me han despedido —aclaró él.

Seguía creyendo que no había diferencia alguna.

Pero por lo visto sí la había. Ya se lo dijo el anciano del parque.

—Ah, eso es otra cosa —reconoció el gordo.

—Hombre, haber empezado por ahí —asintió el flaco.

—¿Por qué? —preguntó Miguel.

—Porque un despido es un despido, y si es en toda regla... —consideró el gordo.

—Claro. La ley es la ley —convino el flaco.

Ellos eran la ley, así que tenían que saberlo. Miguel se sintió irremisiblemente perdido.

—¿Así que realmente los padres pueden despedir a sus hijos? —se hundió tras formular por enésima vez aquella cuestión.

—¡Y tanto! —mover la cabeza con energía el gordo—. Yo ya he despedido a una hija y a un hijo.

—Yo estoy pensando seriamente hacerlo con el segundo —le secundó el flaco.

—Mi vecino ha despedido a tres —aseguró terminante el gordo.

—¿Te han dado el mes preceptivo de aviso? Porque si no ha sido así... —tanteó el flaco.

Miguel se quedó mudo.

—¿Te lo han dado o no?

—Sí —reconoció.

—Entonces no tienes nada que hacer, chaval.

—¡Pero no sé dónde ir!

—Otro que lo deja todo para última hora, Benito —le dijo el gordo al flaco.

—Y que lo digas, Gaspar —le dijo el flaco al gordo.

Le miraron con cara de fastidio.

—Tenías que haberte buscado algo, chico —comentó el tal Gaspar.

—Va a hacerse de noche, y no puedes quedarte aquí, en plena calle —aseguró el tal Benito.

—Si cuando pasemos en la siguiente ronda, aún estás aquí, tendremos que detenerte, por vago —le advirtió el gordo.

—Y te llevaremos a un hogar de recogida de niños despididos —le secundó el flaco.

—¡Yo no quiero ir a ningún hogar de...! —volvió a quedarse boquiabierto—. ¿Hay hogares de niños despididos?

—No, si te parece los dejamos por ahí tirados.

—¿Y cómo es un sitio de esos?

—Pues desde luego no es un hotel —convino Benito.

—No, no es un hotel —hizo lo propio Gaspar—. Ahí se trabaja duro para pagar la comida. Muy duro.

—Siete días a la semana.

—Sin tele ni prebendas.

—Y sin poder salir a menos que alguien responda por ti o dé garantías.

—Lo cual es difícil, porque de lo contrario no se habría acabado en el hogar de niños despididos.

—¡Yo no quiero ir a un sitio así! —se estremeció Miguel.

—Pues espabila, chico. Las cosas están así y son como son. Para eso está la ley.

—¡Vaya asco de ley que permite a unos padres despedir a un hijo suyo! —lamentó con amargura.

—Pues es la única ley que permite a unos padres defenderse de hijos abusones, ¿qué quieres que te diga? —manifestó el agente Gaspar.

—¿Acaso no existe una ley que exige a un hijo colaboración? —repuso el agente Benito.

—¿La hay? —abrió los ojos Miguel.

—¡Hombre, tú dirás! —bufó el gordo.

—Lo que pasa es que nadie sabe las leyes, y así os va —le advirtió el flaco.

—Si es que la gente solo sabe pedir y pedir y pedir, pero van de un despistado...

—insistió el primero.

—Luego se quejan —le apoyó el segundo.

Parecía estar todo dicho.

Los dos agentes de la urbana le miraron con acritud.

Suspiraron al unísono.

—A ver qué haces, ¿eh? —comenzó a despedirse Gaspar.

—No vayamos a tener un disgusto, ¿vale? —hizo lo propio Benito.

El primero dio media vuelta, para regresar al coche y ponerse al volante. El segundo se dispuso a entrar por la puerta de su lado, la más cercana a Miguel.

—Esperen... —trató de detenerlos.

—¿Sí?

¿Qué más podía decirles?

Nada.

—Vamos, Benito.

—Sí, Gaspar.

El gordo entró en el vehículo.

El flaco iba a hacer lo propio.

Súbitamente se detuvo y volvió a mirarle de nuevo.

—¿Tienes dinero? —le preguntó.

—No —reconoció Miguel.

—Lástima. Si lo tuvieras...

—¿Qué, qué? —le animó a seguir al ver que se detenía.

—Si tuvieras dinero, podrías ir a ver a un abogado. Ellos se las saben todas, y a lo mejor encontrarían un truco legal que te permitiera...

Un abogado. Su madre ya le comentó algo de eso un mes antes, cuando él creía que todo era una broma.

—¿Dónde encuentro yo un abogado?

—El problema no es ese —apuntó el flaco—. El problema es la de pasta que cobran.

Un abogado, un abogado, un abogado...

Se quedó frío de pronto.

¡El señor José, el vecino del segundo, era abogado!

¡Y una vez hasta le dijo que, siempre que quisiera, fuera a verle!

No era como las pesadas de las demás vecinas.

Le caía bien.

—Adiós, chico —se despidió Gaspar.

—Que no te encontremos por aquí en la próxima ronda, o tendremos que llevarte con nosotros —le recordó Benito.

Entró en el coche mientras su compañero lo ponía en marcha.

Un segundo después, rodaban calle abajo, hasta desaparecer en la distancia a ritmo lento.

Miguel volvió a quedarse solo.

Muy solo.

Luego miró el edificio donde, hasta esa mañana, había estado su casa.

Recogió la bolsa, la maleta, enfiló el portal y se metió en él.

Ya no se detuvo hasta que llegó al segundo piso.

Llamó al timbre de la puerta del señor José y esperó.

El abogado

El señor José era un hombre de unos sesenta y algunos años, con cara de buena persona, gafas, calvo y aspecto feliz. Pese a la edad, era soltero. Por esa razón no tuvo nada de extraño que le abriera él mismo la puerta.

Se lo quedó mirando, primero con simpatía, y después con sorpresa, al ver el equipaje que tenía a ambos lados.

—Vaya, Miguel, ¿qué te trae por aquí?

—Tengo un problema, señor José —fue directo al grano.

—¿Un problema... legal?

—Supongo que sí —vaciló.

—Ah —el señor José asintió con la cabeza—. Entonces pasa a mi despacho.



Miguel entró en la casa. Dejó la bolsa y la maleta en el recibidor y luego siguió al letrado hasta su despacho. La casa estaba decorada de forma muy distinta a la suya... bueno, a la de sus padres... bueno, a la de sus expadres. Allí todo era barroco, había muchas cosas, cuadros por las paredes, mesitas con retratos y objetos de cristal y porcelana, muebles, estatuas, cortinas, recuerdos. Desde luego, si arriba lo rompía todo sin darse cuenta, allí le habría sido imposible vivir.

El señor José entró en su despacho. Esperó a que él hiciera lo mismo y luego cerró la puerta. Rodeó la mesa y ocupó su butaca, muy solemne. A él le indicó que se sentara en una de las sillas frontales a la mesa. Separados por ella, el señor José cruzó las manos y esperó.

—Tú dirás —dijo al ver que Miguel seguía mudo.

—No tengo dinero —fue lo primero que le advirtió él.

El abogado lo consideró.

—Si me interesa el caso, ya hablaremos de dinero, aunque siendo vecinos..., en fin, que puedo fiarme de ti amén de que hay otros medios.

—¿Qué otros medios?

—Pedir un crédito al banco, o hacerme recados en tus ratos libres. Cosas así.

Miguel suspiró.

Estaba acorralado. Ya todo le daba igual.

—Mis padres me han echa... Me han despedido —rectificó.

—¿Despedido?

—Sí, despedido.

—¿Despedido, despedido? —insistió el señor José.

—Del todo —suspiró Miguel.

—¿Te han dado también referencias, y la carta de libertad?

—Sí.

—¿Lo tienes todo aquí?

O era muy listo, o es que, desde luego, lo de la carta y el despido y lo demás era muy común.

—Sí.

Buscó el sobre, lo encontró en el bolsillo del pantalón, donde lo había guardado tras dárselo su madre horas antes, lo alisó un poco porque estaba muy arrugado, y se lo tendió al letrado. El señor José lo tomó, lo abrió y extrajo las cuartillas de su interior. Empezó a leerlas con ojo de experto, despacio. Parecía buscar algo, loo un detalle, una pequeña fisura legal, como hacían los abogados de las películas, que siempre encontraban algo.

Su respuesta le llenó de desánimo.

—La carta de despido es perfecta —manifestó—. Correcta y concisa.

—Oh —se sintió desfallecer Miguel.

—Una carta de despido en toda regla —el señor José lo dejó todo encima de su mesa, incluidas las otras que ni miró y agregó—: Sí señor, muy buena.

—O sea que..., ¿no hay nada que hacer? —susurró Miguel sintiéndose ya perdido por completo.

—Yo no he dicho eso.

—¿Ah, no?

—No. Solo he dicho que el despido es legal. Pero siempre puede hacerse algo.

—¿Qué?

—Podemos recurrirlo, exigir una readmisión, o una indemnización.

—¿Cómo es eso?

—Se hace una demanda, y se va a juicio.

—¿Un juicio?

—Sí.

—¿Cómo en las películas, con gritos, lágrimas, y todo ese rollo?

—Más o menos.

No quería ver a su madre llorando, ni a favor ni en contra.

—No, nada de juicios —se estremeció.

—Eso te honra —dijo el señor José—. Me alegra ver que, a pesar de todo, aún tienes corazón.

—Si es que yo no sabía que...

—Ya, ya. Ningún niño o niña lo sabe, pero ¡hala!, a ensuciar y a pasarse y a romper cosas y a no pensar y a creer que todo el monte es orégano. Y luego...

—Para eso somos pequeños, ¿no?

—¡Anda con lo que me sales! ¡Menuda excusa! —llegó a sonreír el señor José—. Aunque como atenuante... sí, podría argumentarse que no naciste enseñado, aunque es muy pobre —cambió de tono nuevamente para volver a adoptar un aire profesional—. O sea que nada de dinero.

—No.

—Bueno, ya te he dicho que eso tampoco es grave. De todas formas hay un fondo asistencial para casos como el tuyo.

—¿Hay más casos iguales?

—Pues claro, ¿qué crees?

—No sé.

—Todos los chicos y chicas que vagan solos y perdidos por las calles han sido despedidos en calidad de hijos.

—Ahí va.

—Lo que pasa es que pensáis que no os puede pasar nada, y tiráis de la cuerda y tiráis de la cuerda y tiráis de la cuerda hasta que... se rompe.

—Yo no quería...

—Eso decís todos —arrugó la frente—. Y que conste que yo siempre he dicho que eras un buen chico y que me caes bien.

A lo mejor era el único. Por lo que veía, todo el mundo estaba en su contra.

—Bueno, ¿puede ayudarme o no?

—Está difícil —consideró el abogado.

—¿Mucho?

—Con una carta de despido tan bien hecha, y los argumentos que, seguramente, tendrá tu madre...

Miguel se sintió desfallecer.

—Vale —se dispuso a levantarse.

—¿Adonde vas?

—Si no puede hacerse nada... —no estaba para aguantar más broncas.

—Una vez más, yo no he dicho eso —inquirió el abogado—. Sigue habiendo más cosas que hacer.

—¿Cuáles?

—Lo más sencillo, barato y directo es escribir una instancia.

—¿Y eso qué es?

—¿No sabes qué es una instancia?

—No.

—Pues es una especie de carta, pero especial, muy solemne y pomposa, en la que una persona acepta unos hechos pero pide, mediante súplica, por escrito y con una serie de prerrogativas, lo que le interesa, que en tu caso es la readmisión familiar.

No entendía la jerga de los picapleitos, pero le daba igual. Si existía una posibilidad, eso era lo único que importaba. Se llamara instancia o carta certificada o lo que fuera.

—¿Puedo hacer una instancia?

—Sí.

—¿Y funcionará?

—Eso ya no lo sé. Depende de la persona que la reciba, de lo que considere oportuno, de su buen corazón, y de muchas otras circunstancias.

Una instancia lo que hace es apelar a la sensibilidad y a la buena predisposición de un ser humano en relación a algo que está en virtud de concederle a otro, el solicitante.

—Hagamos una instancia —pidió Miguel.

El señor José arqueó las cejas.

—¿Ahora?

—Es que si no la hacemos ahora y la subo esta noche... no sé dónde voy a dormir.

—Puedes dormir aquí. Como abogado tuyo, he de protegerte.

Miguel miró lo que le rodeaba. No era el mejor lugar del mundo.

—Por favor... —suplicó.

—Iba a ver el partido de baloncesto —murmuró el señor José con fastidio—. Y encima sin cobrar...

—Por favor... —los ojos de Miguel le demostraron cuán desesperado estaba.

El abogado suspiró.

—¡Señor, Señor! —exclamó—. ¿Por qué me tocarán a mí siempre los casos más difíciles?

Eso significaba que estaba de acuerdo, y dispuesto a aceptar escribir la instancia, a pesar del partido de baloncesto y de no cobrarle, de momento.

La instancia

Llamó a la puerta del piso, contuvo la respiración y su corazón se le aceleró cuando escuchó los pasos de su madre por detrás, acercándose para abrir.

Tres, dos, uno... ¡ya!

La mujer se lo quedó mirando con cierta sorpresa y algo de escepticismo.

—Te has ido esta mañana, así que no puedes estar ya de visita —consideró. Y al ver la maleta y la bolsa se cruzó de brazos y dijo en tono más adusto—: ¿Qué quieres?

A Miguel le costó mirar a su madre a los ojos, pero aún más, mucho más, hablar.

Tuvo que tragar saliva para eso.

—Mamá...

—Miguel... —fue a cortarle ella.

—Te he traído... esto —manifestó sin apenas voz, deteniéndola.

Le tendió la carta, bueno, la instancia, perfectamente doblada en tres partes e introducida en el sobre con el membrete del señor José, el abogado. A su madre no le impresionó en absoluto.

—Así que, después de todo, has ido a un abogado, ¿eh?

—No es lo que piensas —dijo rápido él—. No quiero problemas.

—Ah, bueno.

La madre liberada —se le notaba que lo estaba porque aún parecía recién salida de un salón de belleza, radiante y espléndida— abrió el sobre, extrajo la instancia de su interior y la leyó una primera vez, así por encima.

Parpadeó.

Le miró fijamente.

Dejó transcurrir unos segundos.

La leyó por segunda vez, en voz alta:

«Yo, Miguel Fernández Martínez, menor de edad, exresidente en la calle de la Paz n.º 9 de esta ciudad y actualmente sin destino fijo,

MANIFIESTO

Que habiendo sido expulsado mediante despido preceptivo y legal del hogar paterno por mi madre, Doña María de la Esperanza Martínez García, debido a mi mal comportamiento, falta de cuidado, escasa limpieza, nula atención a los valores hogareños y desprecio total del sentido de la convivencia en familia,

EXPONGO

Que habiendo meditado seriamente las razones del despido interpuesto por mi madre, y hallándolas del todo pertinentes por mi mal comportamiento anterior, mi negativa cooperación familiar, y mi poco respeto por los bienes y la vida en el seno del hogar paterno, tengo intención de enmendarme, portarme como Dios manda, ser uno más en la familia, no ensuciar ni tirar las cosas ni crearme el Rey de Roma ni pasarme un pelo por mi condición de niño, ni pensar que tengo licencia para hacer lo que me dé la gana, por lo cual

SUPLICO

Ser readmitido como hijo, humildemente, para una segunda oportunidad que espero merecer de su recto proceder y atenta consideración y mejor corazón.

Para lo cual firmo la presente a 7 de mayo del año en curso».

—Vaya —manifestó la mujer—. El señor José es bastante buen abogado.

Miguel no abrió la boca. Tenía la vista fija en el suelo.

Pasaron unos pocos segundos más.

Le parecieron eternos.

—Será mejor que pases —dijo finalmente su madre—. Esto hay que leerlo bien, muy bien.

Miguel entró.

Algo era algo.

—Pero deja la maleta y la bolsa aquí, en el recibidor —le advirtió—. Puedes esperar en la sala.

—Sí, mamá.

—No me llames mamá. Sigues despedido en calidad de hijo. Llámame María de la Esperanza.

—Sí, María de la Esperanza.

—Señora María de la Esperanza —le rectificó haciendo hincapié en lo de «señora».

—Sí, señora —bajó la cabeza Miguel.

Se dirigió a la sala. A la pequeña. De la grande salía el confortable sonido del televisor, y casi llegaban hasta él los aromas de la cena, del calor de su padre y de tantas cosas que, de pronto, se le hacían esenciales. Cosas de las que antes había pasado, sin darles la menor importancia.

—¡No toques nada!, ¿eh? —oyó la voz de su madre como un flagelo al ir a entrar por la puerta.

—No, mam... señora.

Entró.

Cualquiera diría que se estaba decidiendo su futuro.

Allí mismo, en unos instantes.

La calle o...

Escuchó unos murmullos. Sus padres hablaban en la sala grande. Lo más seguro era que estuviesen considerando la instancia. Debía ser muy buena y estar muy bien escrita, aunque si su madre se empeñaba... de nada iba a servir.

Bueno, tal y como había dicho el señor José, una instancia apelaba al buen corazón y a los sentimientos de alguien capacitado para dar algo a otra persona.

Y su madre tenía buen corazón. Vaya si lo tenía.

Los segundos se convirtieron en horas, en siglos.

Y tenía tanta hambre que...

Lo miró todo de otra forma. De pronto aquella no era su casa. Él era un «invitado». ¡Qué fuerte! Le llegan a decir algo así, y no se lo hubiera creído. Sus amigos no sabían nada, desde luego, y estaban en peligro, lo mismo que él. Peligro de «despido».



Sí, miró los cuadros, los libros, los muebles..., el roto de la pata de la silla producto de una de sus hazañas, y el desconchado de la pared resultado de una batalla contra el palo de la escoba, y el jarrón de cristal pegado con cola de contacto después de haberlo roto.

Por todas partes había huellas de su paso, mejor dicho, de su arrasamiento hogareño.

Volvió a contener la respiración.

Las pisadas de su madre volvían, y no estaban solas.

Venían acompañadas por las de su padre.

Puso la mejor de sus caras, la de buen chico, la de santo, la de hijo pródigo, la de... La mejor.

Ellos aparecieron en la puerta.

Se le hundió el mundo bajo los pies al ver la cara de su padre. Tenía los ojos fijos en el suelo.

Pero solo fue una impresión.

El susto final.

—Está bien —dijo María de la Esperanza.

A Miguel se le disparó el corazón.

—Vamos a darte una segunda oportunidad —dijo su padre—. Esta vez hemos votado los dos, y el resultado es dos a cero.

—¿Me quedo?

—Te quedas.

—¿Como... hijo?

—Sí, como hijo, claro. El despido ha sido cancelado... cautelarmente.

No supo si dar un salto de alegría, un grito... o si echarse en sus brazos y darles un beso.

Hizo esto último, aunque muy comedidamente.

Fue el mejor abrazo de su vida.

Y también los dos besos que ellos depositaron en su cabeza.

Besos llenos de amor y de calor.

Entonces Miguel les abrazó con todas sus fuerzas.

Los quería. Y no solo por haberle readmitido. Los habría querido igual. Siempre. Pasara lo que pasara.

—Gracias —musitó.

—Vale, vale, no te pongas ahora sentimental —mencionó el padre.

—Sí, nada de lágrimas —convino la madre.

—Aunque... bueno, en fin, que nos alegramos de que estés de vuelta.

—Sí, ¡qué remedio!

Se hacían los duros, pero ahora Miguel sabía lió que en el fondo ellos también le querían cantidad.

Mucho.

Muchísimo.

—Yo que me las prometía tan felices... —suspiró su madre.

—Bueno, todas las cosas tienen su lado positivo —consideró su padre.

—Ya veremos, ya veremos —tanteó la primera.

—Yo creo que sí, y si no... siempre puedes volver a despedirle —recordó el segundo.

Miguel no quería volver a oír nunca más aquella dichosa palabra.

No dijo nada.

Los tres salieron de la salita.

¡Estaba en casa!

—¿Tienes hambre? —preguntó ella.

¿Hambre? ¡Se comería un caballo!

Y caminando, sin correr, con mucho cuidado, se dirigió al comedor para sentarse en su sitio y ponerse al día con su desfallecido estómago.

Y... por un pelo

Aquella noche, al tumbarse en su cama dispuesto para dormir, Miguel se preguntó qué había pasado en realidad aquel 7 de mayo.

No lo tenía muy claro.

Nada claro.

Todo había sido bastante vertiginoso en realidad.

¿Una trampa? ¿Un complot? ¿Un montaje? ¿Verdad? ¿Mentira?

Pensó en su madre, su padre, las vecinas, el anciano del parque, los de la urbana, el señor José... Todos ellos.

Demasiados para...

Sí, se había salvado por un pelo.

Pero por un pelo muy muy muy fino.

A estas horas y si no hubiera sido por la instancia —¡la importancia de un papel bien escrito, del poder de las palabras, del valor de la letra adecuadamente empleada! —, y por el buen corazón de su madre, y por el voto de su padre, estaría durmiendo en la calle, o Dios sabía dónde.

Se estremeció pensando en tantas y tantas cosas, en lo poco que sabía, en su corta vida, en sus trastadas, pero sobre todo en la dichosa carta de despido de un mes antes.

«Querido hijo...»

—Y yo que creía que teníamos licencia para hacer de todo —gimió.

Cerró los ojos.

«Querido hijo...»

Despedido. Despedido. Despedido.

¡Zas!, así de fácil.

«Querido hijo...»

Se durmió sin darse cuenta.

Como un tronco.

Feliz.

Aquí acaba este libro
escrito, ilustrado, diseñado, editado, impreso
por personas que aman los libros.
Aquí acaba este libro que tú has leído,
el libro que ya eres.